

VEKA DUNCAN
A FAVOR DEL PRESTIGIO CANINO

CARLOS VELÁZQUEZ
ROSAS LA PISTOLA

LUIGI AMARA
LAS BALANZAS DEL UMBRAL

NÚM. 375 SÁBADO 29.10.22

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

OTRAS FICCIONES



**LA PASIÓN
DEL DOCTOR
CASSIO GIORDANO**

SERGIO ZURITA
• CUENTO

**UNA LEONA
RAMPA
EN LA NOCHE**

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ
• NOVELA

Arte digital > A partir de René Gruau, *Victoria*, acrílico sobre lienzo, 1985, en es.artprice.com.jpg > Mónica Pérez > **La Razón**



Según apunta Susan Sontag en sus cuadernos, el amor aumenta en la misma proporción en que la autoestima disminuye; se trata de la única relación humana plenamente imbuida de misterio, y en ella aceptamos de forma voluntaria nuestra propia ruina. Sergio Zurita, bien conocido como dramaturgo, narrador y cronista, parece suscribir las aseveraciones de la escritora neoyorquina. Con singular humor y entretejiendo hilos tan disímiles como la psiquiatría, la ciudad de Buenos Aires, el cineasta Nikos Kazantzakis y el riesgo que implica enamorarse, el autor propone el tapiz de este cuento descarnado.



LA PASIÓN DEL DOCTOR

CASSIO GIORDANO

SERGIO ZURITA

@szurita

Cassio no había soltado el tema por días. Cuando iba por su segunda botella de Proseco, volvió a decir lo que todos en la mesa ya habíamos oído al menos cinco veces en las últimas 24 horas. “No puedo creer”, decía Cassio, “que el gran Magallanes haya muerto como un idiota”. Le dio un sorbo a su espresso corto y nos miró intensamente.

“Piénsenlo”, insistió. “El más grande explorador de todos los tiempos llega a una isla y envía a un nativo a buscar al gobernante para decirle que debe reconocer al rey de España como su Señor. El enviado jamás regresa. Entonces, Magallanes desembarca junto con 49 hombres. Al llegar a la playa, escucha los gritos de mil quinientos nativos armados de piedras y palos, que los masacran a todos. ¿Cómo pudo Magallanes, casi a punto de darle la vuelta al mundo, cometer un error de principiante?”

Mi mujer, ya harta, le dijo: “No sé, Cassio; a lo mejor se quería morir”. “No”, replicó él, tajante. “Esa hipótesis es inaceptable”. Y todos callamos, porque Cassio era la máxima autoridad en esa mesa.

Y en cualquier lugar del mundo donde hubiese psiquiatras familiarizados con la terapia de reconstrucción, que él mismo había creado. Soy psiquiatra reconstruccionista, al igual que todos los que estaban sentados ante aquella mesa, en un pequeño restaurante de Buenos Aires, que era el favorito de Cassio.

Cuando terminó con la tercera botella de Proseco, volteó a verme y me dijo: “Alberto, estoy cansado”. Pedí la cuenta. Cassio insistió en invitarnos a todos. Mi mujer y yo lo acompañamos caminando hasta su hotel y nos fuimos al nuestro. Antes de irnos, Cassio me abrazó y me dijo, en italiano, que me quería mucho. “Yo también”, le respondí en español. Me dio un beso en la mejilla y entró al lobby del hotel.

Al llegar a nuestra habitación, mi mujer dijo que Cassio había estado insoporrible y se metió al baño a abrir las llaves de la tina. Yo estaba de acuerdo, pero no me atrevía a aceptarlo. Además, no podía dejar de pensar en dos cosas que él me había dicho la primera vez que fui a visitarlo a Roma.

Foto > Javier Pérez Maya

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

EN AQUELLA OCASIÓN, cuando hablábamos acerca de la terapia de pareja, que era mi especialidad, me atreví a preguntarle por qué no tenía una mujer. “No puedo”, respondió. Yo guardé silencio, esperando a que él terminara de hablar. Pero no dijo nada más. Puso en el estéreo su sinfonía favorita, la *Inconclusa* de Schubert. Luego abrió una botella de Proseco, sirvió dos copas, brindamos y entonces concluyó la idea: “Mira, Alberto, si yo me volviera a relacionar y esa relación fracasara, equivaldría a estrellarme de frente en la carretera a 200 kilómetros por hora”. Tragué saliva y lo miré, asustado por la tranquilidad y contundencia con que había dicho semejante cosa. “¿Tanto así?”, fue lo único que se me ocurrió decirle. “Tanto así”, afirmó.

Unos días después, regresando de un paseo turístico al que tuvo la amabilidad de acompañarme, Cassio me dijo que le daba mucho gusto que yo estuviera con él al llegar a casa. “La soledad me muerde despiadadamente cuando abro la puerta y entro, Alberto. Pero una vez que comienzo a preparar la cena o a leer un libro, el dolor desaparece”. Me costaba trabajo entender que Cassio estuviera tan solo. Era un tipo bien parecido y muchas mujeres, entre ellas varias estudiantes de psiquiatría, jóvenes y bellísimas, lo miraban con fascinación.

“¿Sabes?”, me dijo tiempo después en un congreso en Brasil, “creo que tal vez sería buena idea conseguirme una amante. Algo sin complicaciones. Una de esas jóvenes que tanto te gustaron la primera vez que fuiste a verme a Roma”. Le dije que me parecía una gran idea. Él se me acercó como para compartirme un secreto y dijo, en voz muy baja: “El problema es que nunca he tenido una amante”. Vi cómo se sonrojó después de la confesión. Y no era para menos. Uno de los personajes que siempre ponía como ejemplo en sus libros era Casanova. “Giácomo”, le decía siempre, como si fuera su íntimo amigo. Yo me imaginaba a Cassio en la Venecia de Casanova y embonaba perfectamente ahí, hasta que llegó aquel día en Brasil, donde me vine a enterar que él, a diferencia de Giácomo, jamás había tenido un *affaire*.

“¿Cómo es posible, Cassio?”. “Por favor, no se lo cuentes a nadie”, me dijo, implicando que tenía una reputación que cuidar. Con una seña le dije que no se preocupara. Luego nos fuimos al auditorio principal de la universidad que había organizado el congreso, para que él diera una conferencia magistral. La plática comenzaba diciendo que la gente cometía un grave error al referirse indistintamente a los mujeriegos como Donjuanes o Casanovas, “porque Don Juan odiaba a las mujeres; era un violador en masa, mientras que Casanova las amaba y buscaba liberarlas de todas sus ataduras. Sabía, de algún modo, lo que significaba ser mujer en aquel tiempo y se ponía en sus zapatos. Por eso es que tantas de ellas lo amaron”.

MIENTRAS ESCUCHABA ESO, sentí que Cassio le estaba tomando el pelo a todos los asistentes a la conferencia.



El guante negro, gouache sobre papel, ca. 1950.

Pero luego me vino a la cabeza una de sus pacientes. Era una famosa modelo italiana con un serio problema de anorexia. Llamémosla Francesca. A las pocas consultas con Cassio, Francesca le dijo que estaba enamorada de él. Cassio le explicó que eso no era amor, sino transferencia. Pero ella insistió durante varias sesiones. Cada vez llegaba con ropa más provocativa y le decía que no necesitaba más terapia, que el remedio de todos sus males era el amor de él.

Durante una sesión, Cassio dio un golpe al descansabrazos de su silla y se levantó de súbito. Ella se asustó, por supuesto. “¿Ya te viste?”, le dijo a Francesca, congelada en el sofá del consultorio. “¡Respóndeme! ¿Ya te viste? Estás en los huesos. ¿Qué podrías ofrecerme tú a mí? Yo quiero una mujer a la que pueda abrazar con fuerza. Tú te romperías si te abrazo. Si quisiera tener un hijo, tú no podrías dármelo”.

Francesca salió corriendo del consultorio con los ojos hinchados y no volvió durante varias semanas. Pero un día reapareció, muy serena, y le dijo a Cassio que tenía razón. Retomaron la terapia y un par de años después ella se casó y tuvo dos hijos. Cassio, como Casanova, la había liberado. Y no era la única.

Poco después del congreso en Brasil, Cassio me llamó a mi consultorio en México para decirme que estaba a punto de tener una amante. “¿Recuerdas a Martina Lombardo?”, me preguntó. Por supuesto que la recordaba. Martina, la argentina, le decía mi mujer. Era una psiquiatra que había

sido clave en la fundación del Instituto de Psicoterapia de Reconstrucción de Buenos Aires.

No era tan joven como las italianas que yo había imaginado para Cassio, pero él, a fin de cuentas, tenía sesenta años y Martina, treinta y cinco. Ella era el brazo derecho del Dr. Ariel Orrico, uno de los psiquiatras más renombrados de Argentina gracias a que fue el primero que llevó a Sudamérica la terapia inventada por Cassio, cuya efectividad hizo que cientos de analistas freudianos perdieran a más de la mitad de sus pacientes. “En unos meses, se van a dejar de fabricar divanes en la Argentina”, le dijo Orrico a Martina en la fiesta de inauguración del Instituto, a la que el doctor Cassio Giordano había asistido como invitado de honor.

Todos pensaban que la presencia de Cassio en Buenos Aires causaría un escándalo en el mundillo de la salud mental porteña. Muchos freudianos habían asegurado que su famosa terapia de reconstrucción no sólo era inservible, sino que “podía ser dañina para cualquiera que cayera en sus garras pseudocientíficas”. Esto último lo había asegurado categóricamente Lorenzo Cazares, psicoanalista freudiano, famoso en toda Argentina por sus constantes apariciones en televisión.

PERO EL ESCÁNDALO no ocurrió. Cassio tenía carisma y era tan buen orador, que en una charla televisiva con Cazares, éste terminó por aceptar que la terapia creada por el doctor Giordano era “una alternativa válida para quienes hubieran probado el psicoanálisis sin éxito”. El abrazo entre Giordano y Cazares, al final de la charla, apareció en los periódicos más importantes de Buenos Aires al día siguiente.

“A fin de cuentas todos, lacanianos, jungianos, postracionalistas y reconstructivistas buscamos lo mismo: la salud del paciente. No hay por qué pelear”, les dijo Cassio a Orrico y Martina en una cena posterior a la charla televisiva. Martina asentía con sus enormes ojos verdes, más dilatados que de costumbre por la atracción que sentía hacia Cassio. Orrico no tuvo más remedio que asentir. Le hubiera gustado más esgrima verbal entre Cassio y su odiado Lorenzo Cazares. “Pero, claro, un extranjero siempre será más oído en este país que alguien de casa”, pensó, aunque jamás se habría atrevido a decirlo, porque hubiera sido minimizar el triunfo de Cassio y porque, genuinamente, ese italiano le había cambiado la vida.

El cerebro del Instituto de Psicoterapia de Reconstrucción era Orrico, pero su corazón, sin duda, era Martina. Era como una bocanada de aire fresco para todos los que trabajaban

“¿SABES?”, ME DIJO DESPUÉS EN UN CONGRESO EN BRASIL, ‘CREO QUE TAL VEZ SERÍA BUENA IDEA CONSEGUIRME UNA AMANTE. ALGO SIN COMPLICACIONES. UNA DE ESAS JÓVENES QUE TANTO TE GUSTARON LA PRIMERA VEZ QUE FUISTE A VERME A ROMA’. ME PARECÍA UNA GRAN IDEA”.

Las imágenes que acompañan los dos primeros textos son del ilustrador y pintor italiano René Gruau (1909-2004).

ahí: bella, sonriente, llena de energía y con un cuerpo que también parecía sonreír debajo de su bata blanca. Cassio y ella estaban en contacto permanente. Las llamadas de larga distancia iban y venían de Roma a Buenos Aires para todo tipo de asuntos. Pero el más importante era la publicación en castellano del último libro de Cassio: *Sirtaki, la danza del amor*.

Martina sabía italiano y el texto le había parecido revelador. La Sirtaki es una danza que fue creada para la película *Zorba, el griego*. En una escena, Anthony Quinn tenía que bailar, pero estaba lastimado de la rodilla, así que se le ocurrió arrastrar la pierna en algunos pasos. Al ver esto, el coreógrafo cambió todo el baile, basándose en lo que Anthony Quinn había hecho. La escena tuvo tal éxito, que hoy en día se lleva a cabo en todos los restaurantes griegos del mundo y los comensales creen que se trata de una danza milenaria. ¿Qué mejor ejemplo de reconstrucción que partir del dolor para volver a armar la psique dañada?

Esa pequeña anécdota le sirvió a Cassio para escribir un libro breve, pero contundente; un nuevo paso para la terapia de reconstrucción. En él, Casanova ya no era el único hombre arquetípico que Cassio proponía: ahora se sumaba Alexis Zorba, el griego creado por Nikos Kazantzakis, cuya forma de ver la vida le parecía a Cassio "incluso superior a la de Casanova, porque el rudimentario griego acepta la realidad en vez de intentar transformarla y, paradójicamente, termina por transformarla aún más que su contraparte veneciano".

Para Cassio, Zorba era "una especie de psiquiatra salvaje, capaz de curarse y de encaminar a los demás hacia su propia curación, levantando los pedazos de vida que pueden levantar y aceptando los que están destruidos". El epígrafe del libro era de Leonard Cohen, el músico y poeta canadiense que había vivido mucho tiempo en Grecia: "En cada cosa hay una grieta, así es como entra la luz".

MARTINA PIDIÓ VACACIONES en el Instituto y viajó a Roma en secreto para visitar a Cassio. Su romance comenzó de inmediato. Meses después, en un paseo por Teotihuacán, Cassio me contó que se había comprometido con ella. Me pareció sorprendente y, al mismo tiempo, inevitable. Ante mi rostro de asombro, él esbozó una sonrisa bajo el ala de su sombrero panamá blanco y me dijo: "Creas que he perdido la cabeza, ¿verdad?". Yo mantuve la boca cerrada. Él se quitó el sombrero, hizo una caravana y un gesto en el que creí reconocer un ademán de Anthony Quinn: "Pues como dice Zorba, 'no importa que no tengas cabeza, basta que te presentes con sombrero'", dijo sonriendo, mientras se volvía a poner el panamá y comenzaba a bailar como Zorba en plena Calzada de los Muertos. "Alberto", me dijo, "yo, que estaba convencido de que no había necesidad de nada, comprendí de repente que sentía necesidad de todo".

Esa última frase, que él pronunció mientras bailaba una Sirtaki, no era de

"ME CONTÓ QUE SE HABÍA COMPROMETIDO. ME PARECIÓ SORPRENDENTE Y, AL MISMO TIEMPO, INEVITABLE. ANTE MI ROSTRO DE ASOMBRO, ESBOZÓ UNA SONRISA BAJO EL ALA DE SU SOMBRERO Y DIJO: 'CREES QUE HE PERDIDO LA CABEZA, ¿VERDAD?'. MANTUVE LA BOCA CERRADA".

Zorba, sino de su amigo, el narrador de la novela, un forastero sin nombre que hereda una mina en Creta y ahí conoce a ese griego que vive la vida intensamente, mientras él la ve pasar como un espectador.

No me atreví a cuestionar su decisión. Estaba demasiado alegre. Pero en la noche, al regresar a la Ciudad de México, en una cantina del Centro, le dije que yo había sugerido una amante, no una esposa. "No puedo tener amantes, Alberto. Simplemente no es mi estilo". Le dije que Zorba y Casanova eran un par de mujeriegos. "Y eso está bien", replicó. "Porque saben, como dice Zorba, que detrás de cualquier mujer, joven o vieja, bella o fea, está oculta la cara de Afrodita. Aman a todas las mujeres, realmente se interesan por cada una de ellas, son sinceros respecto a sus intenciones y les quitan la responsabilidad del compromiso, que muchas veces no desean, pero lo exigen porque así se supone que deben comportarse".

"¿Y cómo sabes que Martina realmente desea el compromiso?", le pregunté. Se puso muy serio. Temí que se hubiera enojado, pero luego me di cuenta de que simplemente estaba pensando su respuesta cuidadosamente: "Ella es una mujer sofisticada. El *qué dirán* la tiene sin cuidado. Si no quisiera comprometerse conmigo, simplemente no lo hubiera hecho". "¿Y si la relación no funciona, Cassio?". "Pues no funciona y ya". "Es que tú me dijiste que si te volvías a relacionar...". Me hizo una señal para que me callara y volvió a citar a Zorba: "Lo que ocurre hoy, en el minuto presente, es

lo que me interesa. ¿Qué haces en este momento, Zorba? Estoy besando a una mujer. ¡Pues entonces bésala bien, Zorba, olvídate de todo, que en el mundo sólo existen tú y ella, vamos!". Se bebió su tequila de un trago y azotó el caballito sobre la mesa, poniendo fin a la conversación.

SIRTAKI, LA DANZA DEL AMOR, se publicó en Argentina el 8 de noviembre y la boda sería tres meses después, nada menos que el 14 de febrero. Me pareció muy cursi que Cassio aceptara aquella fecha, pero había cambiado tanto, que tal vez la había elegido él, así que no le dije nada. Cuando llegó noviembre, no se hizo una presentación formal del libro, ya que Cassio estaba muy ocupado en Roma vendiendo su casa, deshaciéndose de sus pacientes y de sus muebles, pues Martina y él habían decidido vivir en Buenos Aires. Él ya estaba cerca del retiro, pero ella tenía toda una vida por delante como psiquiatra, así que consideraron que eso era lo justo. Además, todo mundo en Argentina admiraba a Cassio y él se sentía como en casa en aquella ciudad. La luna de miel sería en Tierra del Fuego, al sur del Estrecho de Magallanes, a través del cual el gran explorador cruzó el continente del Océano Atlántico al Pacífico, y casi logra darle la vuelta al mundo si la muerte no lo hubiera alcanzado en Filipinas.

El libro se convirtió en un éxito inmediato en Argentina, el país con más psicoanalistas freudianos del mundo, lo cual era un éxito doble, ya que Cassio no tenía el menor empacho en afirmar que "a estas alturas del siglo XXI, seguir a Freud al pie de la letra tiene tanta lógica como utilizar sanguijuelas para extraer la sangre de los pacientes en vez de usar directamente la penicilina".

Los críticos especializados escribieron que el libro era "un triunfo que arrojaba luz entre las grietas de la mente" y "un trabajo rigurosamente científico, pero redactado por un poeta". Todo mundo estaba feliz en el Instituto de Terapia de Reconstrucción. Todos, excepto Ariel Orrico. En una junta privada, llevada a cabo en su oficina, Orrico le dijo a Martina que el libro era profundamente machista, que parecía un manual para seducir mujeres y que podía llevarlos a la ruina. "Cassio no es ningún seductor", le respondió Martina. "Pues te sedujo a ti, ¿no es cierto?". Ella sintió la rabia acumulándose en su vientre. "No tienes derecho a mezclar mi vida privada en esto, Ariel", le respondió, tratando de no levantar la voz. "La que mezcló las cosas fuiste tú, Martina. ¿Cómo se te ocurre enredarte con Cassio?". Ella



Rojo, litografía, ca. 1940.

Fuente > etsy.com

respiró hondo, se levantó de la silla y salió de la oficina de Orrico.

DURANTE EL RESTO DE LA SEMANA se ignoraron cada vez que se topaban en algún pasillo. El lunes siguiente, mientras Martina se obligaba a almorzar en el comedor del Instituto, se le acercó el doctor Aldo Stephens, un entusiasta de la obra de Cassio, a quien ella consideraba un amigo. “¿Cómo te fue en tu junta con Ariel?”, le preguntó, como de pasada. “Mal. Muy mal. Dice que el libro de Cassio parece un manual para seducir mujeres”. Aldo se aclaró la garganta y le dijo: “Mira, Martina, ponete en su lugar. Ariel es el director del Instituto. Él es el rey de este lugar. Si Cassio se viene a vivir a Buenos Aires, le va a arrebatar el trono”. Dos lágrimas rodaron por los pómulos de Martina. “Disculpame, querida, pero vos tenés que pensar en tu futuro como terapeuta y también en el futuro del Instituto. Si te casás con él, su figura siempre te va a hacer sombra. Vas a ser la esposa de Cassio Giordano y nada más. En la reunión del viernes, Ariel...”. Aldo guardó silencio, dándose cuenta de que había metido la pata. Martina, cuando entendió que Orrico la estaba condenado al ostracismo, le pidió a Aldo que continuara: “¿Qué pasó en la junta del viernes?”, preguntó, con un dejo de sarcasmo. Aldo, avergonzado, no tuvo más remedio que responder: “Pues nada, que Ariel nos advirtió que, teniendo a Cassio tan cerca, el Instituto iba a perder autonomía. Nos pidió que nos preguntáramos qué sucedería si el papa decidiera dejar el Vaticano y viniera a vivir a Buenos Aires. ¡La iglesia católica argentina perdería autoridad! Si aquí está el Papa, ¿para qué consultar al arzobispo?”. “¡Qué hijos de puta que son!””, respondió Martina. “¡Qué hijos de puta!”.

Cassio estaba sellando con cinta canela la última caja con sus pertenencias. Ya no era más el dueño de aquella hermosa casa de Roma, y verla vacía lo llenó de nostalgia. Pero él siempre había sido un explorador. Aprendió español en la juventud, cuando realizó un viaje en motocicleta por toda Latinoamérica, para después estudiar una licenciatura en Letras Hispánicas en Bogotá. Se puso a recordar aquel día de 1968 en que conoció a Vargas Llosa, su escritor favorito, con quien seguía escribiéndose con frecuencia. A mediados de los años setenta, Cassio se había desencantado de los movimientos sociales de aquel año y Vargas Llosa lo ayudó a salir de la depresión. Fue entonces que decidió terminar la carrera de medicina y especializarse en psiquiatría. La salud mental sería su vocación, su manera de salvar al mundo.

SONÓ EL TELÉFONO. Al primer timbrado, Cassio supo que era Martina, pero luego lo dudó, al escuchar la voz lúgubre que salía del auricular. La psiquiatra fue al grano: no habría boda. No estaba dispuesta a vivir bajo su sombra. Cassio, que era un gran analista del discurso, supo que las palabras de Martina no eran de ella y que estaba siendo presionada por la gente de aquel Instituto, que se había construido gracias a su modelo de psicoterapia.

Cuando ella terminó de hablar, Cassio le preguntó si había leído *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski. “¿Eso qué tiene que ver, Cassio?”. Él insistió en la pregunta. Ella, impaciente, le dijo que no, que no lo había leído. “Bien”, respondió Cassio. “Pues en *Los hermanos Karamazov* hay una anécdota que no tiene nada que ver con la trama. Es una historia que se sitúa en la Inquisición española. Cristo vuelve a la Tierra, como lo había prometido. La gente lo reconoce y comienza a alabarlo, pero es arrestado inmediatamente y llevado ante el Gran Inquisidor de Sevilla, quien le pregunta a qué demonios vino. Le dice que su presencia les puede arruinar el negocio”. Cassio hizo una larga pausa. Martina permanecía sin decir nada. Sólo se oía cómo moqueaba en el teléfono. “¿Sabes, mi amor?”, dijo por fin Cassio. “Tienes razón. Es mejor que no haya boda. Es lo mejor para todos”, dijo. Luego colgó el teléfono y se tiró al suelo. A fin de cuentas, se había estrellado de frente en la carretera a doscientos kilómetros por hora.

Mi mujer salió del baño con una toalla en la cabeza. Apagamos la luz de inmediato. Al día siguiente, Cassio iba a presentar, por fin, *Sirtaki, la danza del amor*, en Buenos Aires. Yo era uno de los presentadores, así que debía dormir bien si quería estar lúcido para hablar en público.

A las ocho de la mañana tocaron en nuestra habitación. De mala gana me paré y fui a asomarme por la mirilla de la puerta. “¿Quién es?”, preguntó mi mujer, despertándose. Era Martina. Le abrí la puerta, pidió pasar y me dijo que me sentara. Me negué. “Cassio está muerto”, dijo. Al parecer, una mucama encontró su cuerpo cuando entró a hacer la limpieza. En la agenda de Cassio, su contacto de emergencia seguía siendo Martina, así que ella fue la primera en enterarse.

De inmediato fuimos al hospital donde estaba el cuerpo de Cassio. En el camino, Martina nos dijo que en la habitación había tres botellas de Proseco vacías y que la probable causa de la muerte había sido broncoaspiración. Pensar en Cassio vomitando



Sin título, 1950.

dentro de su boca y luego aspirando litros de Proseco hasta morir asfixiado, me pareció ridículo. Quise odiar a Martina y decirle que había sido su culpa, pero no pude. Abracé a mi mujer, que lloraba.

CUANDO LLEGAMOS al hospital, un policía que se identificó como el detective Bartolucci nos preguntó nuestros nombres. Cuando supo que yo era el doctor Alberto Cortina, me dijo que el occiso había dejado un mensaje para mí. Me mostró un sobre membretado del hotel de Cassio, con mi nombre escrito con pluma fuente. El detective me preguntó si reconocía la letra de Cassio. Le dije que sí y me entregó el sobre. Adentro venía una sola hoja. La desdoblé y la leí en silencio.

*Querido Alberto:
Mañana, cuando hables de mi libro, quiero que le digas a todos los presentes que yo no soy como Zorba, el griego, sino como otro personaje de Kazantzakis: Cristo. Martina fue mi última tentación. Ahora he vuelto a la cruz que es mi destino.*

*Ti amo così tanto, caro amico,
Cassio
P.D. Por favor dile a tu mujer que tenía razón, que Magallanes sí se quería morir.*

Pensé en lo que sucedería en las siguientes horas: Ariel Orrico aparecería llorando frente a las cámaras de televisión, diciendo que estábamos ante la pérdida irreparable de un gran hombre y anunciando que, a partir de ese momento, el Instituto llevaría el nombre de Cassio Giordano.

Entregué la carta de Cassio a Martina, clavando mis ojos en los suyos. “La señorita es la prometida del doctor Giordano”, le dije al detective sin quitarle la vista a Martina. “Ella se hará cargo de todos los trámites”. Después me di la vuelta, tomé a mi mujer del brazo y jamás volví a Buenos Aires. ■

“ALDO SE ACLARÓ LA GARGANTA Y DIJO:
‘MIRA, PONETE EN SU LUGAR. ARIEL ES EL DIRECTOR
DEL INSTITUTO. ES EL REY DE ESTE LUGAR.
SI CASSIO SE VIENE A VIVIR A BUENOS AIRES,
LE VA A ARREBATAR EL TRONO’. DOS LÁGRIMAS
RODARON POR LOS PÓMULOS DE MARTINA”.

En el mes de noviembre comienza a circular —bajo el sello español de Ediciones Carena— la primera novela de Héctor Iván González, colaborador asiduo de **El Cultural**, escritor versátil que se ha proyectado tanto en el ensayo como en el cuento y la poesía. Ahora nos comparte el inicio de su debut como novelista, con una historia donde el tinte de erotismo y misterio que lo distingue funciona como un aliciente para continuar la lectura.

UNA LEONA RAMPA EN LA NOCHE

HÉCTOR IVÁN GONZÁLEZ

@HectorIvanGP

... el absurdo nunca es completamente ajeno a la realidad de ninguna vida.

RICHARD FORD

Nos conocimos en los últimos días del año, cuando la muchedumbre compra regalos o los ingredientes para la cena navideña, haciendo las banalidades que entretienen a las naturalezas ociosas. Yo leía en una banca *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller. Ella parecía perdida en el *fast-food* de uno de esos centros comerciales, tan perdida que todo lo atisbaba con sus ojitos titubeantes color caoba, como de liebre asustada. Estaba rodeada de bolsas y cajas envueltas para regalos. No me animaba a ponerme en pie, lo pensé como media hora. Sin embargo, por casualidad, cruzamos dos veces la mirada... y en la última me sonrió con nerviosismo. En el momento que me levanté para acercarme, mi corazón se aceleró de golpe. Sentí que los colores se me venían a la cara; esa cara de Peter Pan que me daba un aire de ser inofensivo. Le dije algo sin importancia y le extendí la mano, pregunté si me podía sentar, ella accedió. Algunas personas agradecen esas cosas de inmediato. No sé si lo hacen a propósito, pero los divorciados tienen un aire de fragilidad que roza la más tremenda vulnerabilidad.

Ella era así, su mirada decía, con una fuerza extrema: "Estoy sola y necesitada".

Rápido me di cuenta de que a este tipo de mujeres no hace falta que se les busque mucho la conversación, con no parecer un perverso y saber guardar silencio basta para que solitas se descosen en monólogos infinitos, plagados de detalles que no le importan a nadie. Me dijo que estaba libre, que había pasado por un proceso de divorcio que le había costado *Bastante tiempo y meses de desgaste*. Su marido —su *exmarido*, corrigió— la engañó en reiteradas ocasiones, pero *Ya he logrado poder vivir sin él*, dijo, ufana.

Mientras relataba cosas demasiado íntimas: que una ginecóloga le había cancelado una consulta, por ejemplo, o que había estado viendo a un hombre mayor que no la buscó más, me sentía un intruso. Aunque yo no hacía nada por irme de ahí. Era lógico que hablara tanto, se veía que tenía mucho que contar. No dejé de fijarme en el término con que se refería a su ex, *el papá de mi hija*. Si los divorciados se escucharan a sí mismos, se darían cuenta de lo ardidados que se oyen al no poder pronunciar el nombre de quien, en

algún momento, les robó el corazón. M me intrigaba al hacerme partícipe de cosas que sólo se le contarían a un amante. Las mujeres nunca dan información de manera gratuita. Todo lo contrario, si dicen algo es porque tienen la intención deliberada de hacérselo saber.

Mientras hablaba de su hija, su mirada se iba transformando, antes era la de un roedor y ahora parecía la de un pavorreal que se henchía. Algo similar pasaba cuando hablaba de su ex. Creía que al momento de convencerme de que ya estaba curada, inmediatamente se le cicatrizarían las heridas. No la iba a contradecir... al menos no en esa primera charla.

POR AQUEL ENTONCES, no tenía ningún tipo de estudios profesionales, hice la preparatoria y ya no continué. Debido a problemas económicos, me vi obligado a trabajar medio tiempo. Lo hice durante años, hasta que un día mi padre me llamó a la sala (cosa que nunca había hecho) y me pidió que buscara un trabajo de tiempo completo que pudiera proporcionarme el dinero suficiente para apoyar a la casa, *Pues ya estás grandecito*, remató.

Acepté a regañadientes porque quería retomar los estudios. Lo que más me molestaba era que yo había tenido varios errores en el pasado. El principal, y del que hasta la fecha me arrepiento, fue haber dejado de estudiar durante la secundaria. Reconozco que así aprendí a cerrar ventas, lo cual siempre ha sido una de mis habilidades.

Ayudar a un cliente que está indeciso a que compre *algo* que tal vez no necesita se volvió mi especialidad. El motivo de no continuar la escuela no era que hubiese desertado y ya.

Mi razón estaba bien meditada, pues quería ser escritor, pero no de una forma profesional o académica, sino a la manera de un Henry Miller. Quería pasar el tiempo leyendo y escribiendo desde una actitud desenfadada, alejado del aire que tenían las aulas de mi escuela. Creía que alguien que escribía no debía profesionalizarse, sino vivir al margen de las convenciones sociales. Lejos de la pose del ratón

.....
"CUANDO LLEGUÉ A LEER A
AUTORES CONTEMPORÁNEOS,
ENCONTRABA QUE
ERAN BIEN HECHOS,
PERO LES FALTABA EMOCIÓN".
.....

de biblioteca o del erudito. Henry Miller tenía mucho de lo que yo admiraba. Cuando llegué a leer a autores contemporáneos, encontraba que eran muy bien hechos con el estilo y la gramática, pero les faltaba emoción, para mí la emoción era fundamental, ese otro *algo* en la literatura que no es ni lo sociológico ni lo político. Eso que hace que la literatura sea como un vacío repentino en el estómago. Hice lo que me pedía mi padre, lo apoyé, pero lo llevé a cabo sin abandonar la literatura. No dudaba ni un ápice de mis intuiciones, quería ser un Henry Miller y nada obstaculizaría mi proyecto. Ahora que tengo tiempo de sobra en estas paredes, podré relatar todo lo que pasó en esos años. Finalmente, creo que podré hacer lo que siempre busqué, escribir una historia desequilibrante, tal como fue la realidad hace nueve años.

INTERCAMBIÉ TELÉFONOS con M y a los tres días fue ella la que me buscó. Era justamente el día 25 de diciembre. Estaba tranquilo; no había bebido demasiado durante la cena. *¿Quieres ver una película?*, me preguntó, y aclaró que no estaba aburrida, sino que pensó que podría ser que yo quisiera hacer algo. Cuando pregunté en qué cine, me contestó: *No, aquí, en mi casa. A ver, te doy la dirección, ¿tienes con qué apuntar?* Me gustaba que todo fuera tan espontáneo. Para mí, había un festejo inocultable, una excitación emocional que se reflejaba en el aumento de las palpitaciones. El día que la conocí, justo al despedirnos, me di cuenta de la exuberancia de sus formas. Era un poco más alta que yo, y me daba la impresión de que podría cubrirme completo con su figura.

Con una botella de tinto bajo el brazo, una camisa blanca, pantalones caqui, chamarra sport y un poco de colonia en el cuello, me sorprendí a mí mismo frente a su departamento. Abrió la puerta sin demora. Me esperaba con cierta ansiedad. El apartamento estaba bien amueblado. M cocinó un poco de pasta por si yo gustaba... (Siempre me limitaré a llamarla M para no involucrarla legalmente en esta situación y por respeto a todo lo que sucedió en aquellos tiempos). Los detalles de la casa reflejaban una personalidad organizada, pulcra y minuciosa. Litografías desleídas de Canadá, Francia, Italia y sobre todo de Estados Unidos colgaban en las paredes. En cada rincón había algún suvenir de viaje; fotografías de grandes comidas familiares en casas de campo. Un par de tibores de

Fuente: arthive.com



Mujer flor, impresión, s/f.

“CASI SIN QUERER, ME PUSO LA MANO SOBRE LA RODILLA Y LA FUE SUBIENDO HASTA MI MUSLO EN REITERADAS OCASIONES”.

talavera de Puebla. Hubo una foto de M en traje de baño, a orillas del mar, que echó a volar mi imaginación y me dejó inquieto un buen rato...

“Burguesita, estoy cortejando a una burguesita”, pensé sin remordimiento al notar que ya era una mujer; aunque no estaba en la edad juvenil, quien fue una burguesita en la infancia jamás lo dejará de ser.

ABRIMOS LA BOTELLA y bebimos con tranquilidad mientras comíamos un poco de pasta con una salsa *pomodoro* deliciosa. No parecía que hubiera alguien más en casa. No me dejaba de sorprender que nuestra primera cita nos colocara así de cerca. Vestía una blusa roja con holanes, tenía un bilé rosa metálico y las uñas de las manos arregladas con el mismo color. Le dije que se veía increíble y sonrió como si hubiera estado esperando el cumplido toda la tarde. Hizo ese gesto, que me acostumbró a ver, tirando un poco la cabeza hacia atrás para después agarrarse un mechón del cabello y hacer que le brillara la mirada.

Sentados en un sillón mullido, separados uno del otro por escasos centímetros, vimos algunas de las películas cortas de Chaplin cuando empezaba a interpretar su papel de Charlie. Se rió bastante, así que le sugerí que viéramos el documental y dije algunas cosas sobre esos cortometrajes. (En ese tiempo era un apasionado del cine y me gustaba saber cada detalle, cada anécdota, cada dato de mis películas favoritas, así que debía medirme para no sonar petulante). Aceptó al mismo tiempo que yo sorprendía sus ojos ya inyectados por el vino. En el momento que empezaron a aparecer las opiniones de Robert Downey Jr. y



de Marcel Marceau, casi sin querer, me puso la mano sobre la rodilla y la fue subiendo hasta mi muslo en reiteradas ocasiones, siempre parecía que era por puro accidente.

Me inquietó.

No sabía cómo reaccionar, temía arruinar las cosas. Sin embargo, ella no lo hacía con alevosía, era de manera accidental. Me sentí muy excitado. M tenía mucha elegancia para hacer las cosas... El departamento no lucía del todo iluminado, estaba el monitor y una lámpara en el pasillo salpicaba una luz ámbar. Se veía como detrás de un filtro, a la manera de las fotografías de *Playboy*. Como si el ambiente fuese percibido a través de una evanescencia que incitara. Debo de haber escondido la mirada para evitar que notara un estremecimiento que no pude contener.

El documental la tenía sin cuidado. No dije una palabra pero mientras ella empezaba a subir-bajar su mano por la curva de la pierna me jugué mi suerte rodeándola con el brazo. Todo esto fue sin cruzar ni por un solo momento las miradas. Hubo un jugueteo con mis dedos que le revolviéron el brasier antes de darle el primer beso; en ese momento ella no veía más que la pantalla pero, en un movimiento muelle, se giró y me ofreció su boca entornando los ojos. Cuando jugueteaba mi lengua con la suya, M ya estaba lista para girar y quedar encima de mí; cosa que hizo con una destreza casi felina. De

súbito, puso sus senos sobre mi cara, y no perdí oportunidad para recorrerlos con la lengua, los labios y los dientes. A su vez, ella mostraba ser una experta, pues no sé cómo me desabrochó el pantalón de dos caricias y me puso el condón como con un guante de seda. Para ese momento, estaba tan excitada que podía sentir su aroma y su tibieza.

AQUEL 25 DE DICIEMBRE, alcanzando la madrugada del 26, nos acostamos varias veces, de distintas formas, en diferentes posiciones, y en casi toda la casa. Habíamos profanado los rincones de su departamento: la cocina, el piano, el estudio, el cuarto de lavado e incluso el balcón, acaso dejando castos sólo algunos lugares, como el cuarto de su hija y el baño.

Al salir de su departamento, mientras caminaba por la noche, empezaba a presentir esa extraña sensación de embriaguez de estar alejado de la realidad. Me sentía persuadido de que las cosas tienen menos importancia de la que uno siempre les adjudica. También experimenté ciertas sensaciones inesperadas que provoca el célebre *post-coitum*. Toda la tarde anduve un tanto deprimido, sin saber por qué.

A la mañana siguiente, aún tenía su olor y su sabor en la piel y en la boca. Y, sobre todo, empezaba a sentir la fascinación que se iría transformando en una adicción a sus piernas, a sus nalgas, a su vientre y, en especial, a sus sofocados jadeos. ☑

AFORISMOS

VÍCTOR MANDRAGO

@MandrigoVictor

CONTEMPLAR el cielo es más importante que una religión.

* * *

Ni las bellas artes se salvan del olvido.

* * *

La música también es un abrazo contra la soledad.

* * *

Un poemario: la estela de una vejación.

* * *

El terapeuta miente, el amor propio nunca te podrá hacer sexo oral.

* * *

Poblar la soledad es el oficio de vivir.

* * *

La felicidad: un pantano más por descubrir.

* * *

Sin dinero, a la juventud le falta un pie.

* * *

Una eyaculación en el vacío es la humanidad.

* * *

Un orgasmo siempre será la barca de Noé.

* * *

Invierte en atardeceres, nunca se devaluarán.

* * *

La imaginación es el rascacielos más grande de cualquier ciudad.

* * *

No confíes en Cristo, nunca aprendió a reír.

* * *

Ni con cuarenta perros evitarás la soledad.

* * *

Las civilizaciones también son castillos de arena de la humanidad.

* * *

Cuando se termina un libro, hay más sangre seca en nuestro interior. ☑

VÍCTOR MANDRAGO (Ciudad de México, 1981) es narrador, guionista y reportero.

Ha publicado en diversos periódicos y revistas nacionales e internacionales, entre ellos *La Razón*, *Transgresiones*, *ConexiónNortesur* y *Plenamar*.

Ramón López Velarde es el dueño de la provincia mexicana: las vírgenes y calles, las escenas cotidianas, los altares y conflictos carnales puestos en verso por el zacatecano son referentes por antonomasia. Sin embargo su contemporáneo, Francisco González León, recrea paisajes similares, como cuando apunta que "acompañadas por el armonio, / cantan las Monjas Sacramentarias, / enigmáticas y solitarias". José Filadelfo comenta aquí su poesía, relativamente olvidada, que bien amerita una revisión.

Francisco González León

LA SOSEGADA EXALTACIÓN DE UN MUNDO

JOSÉ FILADELFO

Una manera de traer al presente la —más o menos olvidada— obra principal de Francisco González León (1862-1945), *Campanas de la tarde* (1922), es recuperar lo que dijo sobre ella José Emilio Pacheco en la *Antología de Poesía Mexicana I: 1810-1914* (1979): "Francisco González León produce sin que nadie se dé cuenta uno de los mejores libros de la poesía mexicana: *Campanas de la tarde*. Habla simplemente de su soledad de boticario y de todo lo que se gasta y muere en viejas casas a punto de ser derruidas". Más adelante agrega que es "el poeta más íntimo y entrañable de la literatura mexicana".

Aunado a la espléndida fraternidad impresionista en que se fundamenta la actitud del poeta hacia los objetos que lo rodean, la advertencia de Pacheco conduce a la manera en que esta obra revitalizó poéticamente la imagen de la provincia. Expuso su estereotipo no como una realidad incontestable sino limitada, con la estimación de una nueva provincia donde el deterioro al que alude Pacheco ofrece más quietud que extinción ("no todo es ido, no todo ha muerto", se dice en *Campanas...*), una oportunidad para la nostalgia antes que para el pesimismo o la monotonía.

SOBRE LA POLÉMICA que ha buscado dirimir el protagonismo de esa provincia novedosa en la poesía mexicana —entre Ramón López Velarde y González León—, Allen W. Phillips en *Francisco González León* (1964) mencionó que ese impulso se dio de manera más temprana en la poesía de López Velarde, en 1908, el mismo año en que el jalisciense publicó sus libros *Megalomanías* y *Maquetas*. Estas dos obras no tuvieron fortuna con la crítica pero, sobre todo, eran libros alejados de la nada exuberante y sí, en cambio, íntima y modesta atmósfera de quietud que, con *Campanas...*, ubicó al escritor de sesenta años en el panorama literario: evocaciones de la corte francesa, con oros y mujeres ostentosas que resultaron añoranzas impostadas de un modernismo, según Phillips, "exterior y decorativo".

A pesar del dato cronológico que da preeminencia a López Velarde en el tratamiento poético de ese entorno, Phillips indica que el tema perduró de manera distinta en ambos bardos: "lo que en López Velarde era tan sólo un punto de partida, para González León es meta y fin".



Estatueta del poeta en su natal Lagos de Moreno.

Ernesto Flores (1930-2014), poeta a su vez, compilador y comentarista de la obra de González León, singulariza el tema con un término: la "provincia universal", esa que diluyó el tedio infértil de su estereotipo para volverla apreciable, digna de atención para todos.

Así, el autor se sirvió del aburrimiento (tan "irresistible" en el laguense, según Flores), la vida apacible que, en vez de condenar al inacabable cansancio, remite al reposo de los objetos presentes (casa, iglesia, pozo, piano), pero gastados, y al recuerdo que los sacude para reanimarlos, sin impedir su deterioro: esa atmósfera en la que, según el escritor, "hablan mejor las cosas que las gentes". La universalidad de este ambiente es, también, la valorada por el gusto moderno que lo actualiza al destacar la mirada impresionista del poeta boticario, tan vaga como sugerente ("diafaniza el incensario / velos de novia durante la misa..."), sin desdeñar su imagen de postal antigua, todavía reveladora y provista de sorpresas.

AUN CUANDO EL TEMA es recurrente en *Campanas...*, hay que reparar en que González León no es un poeta religioso, como coinciden Phillips y Flores. Sumados a esa mirada donde el reloj familiar tañe "su bordón de catedral",

"LA RELIGIOSIDAD DE ESTA OBRA SE BASA MÁS EN LA PERMANENCIA DE LA COSTUMBRE QUE EN LA DECLARACIÓN DE UNA FE".

los acercamientos del discreto boticario a la iglesia, el convento, la monja, el acólito y, claro, la campana, indican más la inclinación por un "típico ambiente católico y milenar" (Phillips), y por un "clericalismo poético y sensual" (Flores), que una manifestación devocional y, aún menos, mística hacia el ser divino. La religiosidad de esta obra se basa más en la permanencia de la costumbre que en la declaración de una fe; una costumbre en que la devoción se concentra en apreciar poéticamente los hábitos y lugares de *la vida que pasa*, y en donde la fe no se expresa necesariamente como un convencimiento interior, sino como una tradición.

Desde esa experiencia poética se puede comprender el franciscanismo en la obra de González León, que le atribuyen Phillips y Flores. El santo de Asís fundamentó su hermandad no sólo en la igualdad entre el hombre y la naturaleza, sino en el diálogo entre ambos, animada por un impulso mayor, divino. De tal modo que el franciscanismo poético de González León se ejerce como contemplación que se dona a las provocaciones evocadoras de la naturaleza física ("Las tardes en que parece / que están como anestesiadas / todas las flores del huerto") y cultural (sobre un organillo: "¡Cuántas cosas, cosas viejas, / se despiertan en las quejas / de tu dulce melodía!"). Se trata de un ingenio amigable, entregado a la pasividad del entorno y al diálogo piadoso, con el instante en que objeto y admiración se resuelven en una imagen ambigua o inacabada, pero radiante, de esa vida que pasa.

Frente a su estereotipo negativo, que enmarca un territorio alejado de la capital, entre el pintoresquismo (un deslumbramiento cálido, pero irreflexivo aún) y el anacronismo, la imagen que *Campanas de la tarde* entregó al lector es la de un mundo que, a pesar de su rutina y lentitud, no deja de ser dinámico, vívido. Lo pintoresco es sustituido por la metaforización del silencio que reposa en los objetos, y el anacronismo pierde su necesidad histórica para derivar en convicción fecunda y orgánica. Aun con haber sido bien apreciada por el gusto moderno de su tiempo, y décadas después, como cualidad, deseo y tema de la modernidad, la provincia aparece en esta obra de Francisco González León como el espacio, el recurso para pensar y poetizar los instantes de la vida, el mundo, la sosegada exaltación de sus cosas. ■

Tras casi tres décadas sin rastro del neurofisiólogo Jacobo Grinberg, su obra sigue ofreciendo claves vanguardistas para el estudio de la conciencia humana. Un documental que ofrece nuevas pistas de su misteriosa desaparición está por estrenarse en España, y suscita interés por el legado del personaje. Así lo argumenta el neurocientífico Alex Gómez-Marín, quien precisa las rutas exploradas por el mexicano, que permanecen como estímulo y enigma para la investigación actual.

CIENCIA DE LA CONCIENCIA: UN REGRESO AL FUTURO

ALEX GÓMEZ-MARÍN
@behaviOrganisms

Este otoño tendrá su estreno en España *El secreto del Dr. Grinberg*, con proyecciones virtuales y presenciales en salas de cine, bibliotecas y centros culturales. Después de dos años de recorrido, cosechando premios en festivales nacionales e internacionales, el documental del cineasta catalán Ida Cuéllar llega al gran público. La película es un *thriller* que trata sobre la misteriosa desaparición, el 8 de diciembre de 1994, de Jacobo Grinberg-Zylberbaum, prominente neurocientífico mexicano quien, en el clímax de su carrera científica, se esfumó sin dejar rastro.

Cuéllar nos ofrece un pintoresco abanico de hipótesis plausibles: ¿lo secuestró la CIA?, ¿se exilió voluntariamente a un retiro espiritual?, ¿lo mató su esposa? Transitando con éxito la delgada línea entre el cientificismo encorsetado y la ingenuidad bobalicona, el documental hilvana testimonios de colaboradores, investigaciones policiales y pistas relevantes para tratar de esclarecer las extrañas circunstancias del suceso. Cada respuesta da lugar a una nueva pregunta. El enigma se torna misterio.

Aunque el documental no es una ficción, la vida de Grinberg es de película. La potencia cautivadora del filme es una oportunidad para redescubrir las revolucionarias investigaciones del fundador del Instituto Nacional para el Estudio de la Conciencia (INPEC), quien dejó una obra de más de cuarenta libros y múltiples publicaciones científicas.

Sus ideas merecen ser contadas por fascinantes y tenidas en cuenta, por visionarias. Se hacen hoy necesarias para salir del atolladero en que nos ha metido la doctrina del materialismo reduccionista que domina las neurociencias actuales, atestadas tecnológicamente, pero incapaces de imaginar cómo hacer brotar el vino de la conciencia del agua del cerebro.

Jacobo Grinberg cultivó tanto el trabajo teórico como el experimental sin descuidar la experiencia. Construyó una teoría de la conciencia basada en una interpretación radical de la física moderna y la fisiología cerebral.

Diseñó y realizó con sus colaboradores una serie de experimentos originales para testar las bases neurofisiológicas de la comunicación directa entre cerebros. Fue además un gran meditador, y trabajó para integrar la ciencia con diferentes tradiciones místicas.

“CUÉLLAR OFRECE UN ABANICO DE HIPÓTESIS: ¿LO SECUESTRÓ LA CIA?, ¿SE EXILIÓ A UN RETIRO ESPIRITUAL?, ¿LO MATÓ SU ESPOSA?”


LA PREGUNTA POR LA CREACIÓN de la experiencia espoléó todo su pensamiento. Tomando el holograma como metáfora, Grinberg postuló que la realidad perceptual surge de la interacción entre el campo neuronal y la organización del espacio. Su Teoría Sintérgica (de las palabras *síntesis* y *energía*) propone que cada cambio neuronal produce microdistorsiones de lo que él denominó *la lattice*. La organización cerebral sería capaz de producir una alteración hipercompleja de la organización sintérgica del espacio, modificando su densidad informacional. Según las excitaciones del patrón de interferencia entre ambos campos, ciertos aspectos de la realidad serían accesibles en diferentes “orbitales de la conciencia”.

Grinberg no se contentó con sus sofisticadas especulaciones. Como Alicia siguiendo al conejo blanco por la madriguera, fue a comprobarlas empíricamente allí adonde era preciso. Fue pionero en el estudio de ondas cerebrales en meditadores y chamanes cuando las flamantes ciencias contemplativas actuales aún no existían. Estudió fenómenos como la visión extraocular o las bases neurofisiológicas de la transferencia de pensamiento. Caracterizó patrones de coherencia interhemisférica. Inspirado por la famosa paradoja de Einstein-Podolsky-Rosen, midió correlaciones electroencefalográficas en parejas de sujetos aislados, evidenciando que dos cerebros humanos pueden imbricarse de

forma análoga al entrelazamiento cuántico entre dos partículas. El Premio Nobel de Física recién otorgado este mismo año parece guiñarle un ojo al llamado “potencial transferido” de Grinberg.

Sus heterodoxas investigaciones lo convirtieron en profeta y hereje. Muchos de sus colegas no supieron qué hacer con sus ideas y descubrimientos. En el País de la Ciencia hay muchas Reinas de Corazones dispuestas a cortarle la cabeza a quien se salga del camino trillado. Su trabajo sufrió una invisibilidad desconcertante. Archivos desclasificados años más tarde por la CIA atestiguan el interés del gobierno norteamericano por las investigaciones del neurofisiólogo de la Universidad Nacional Autónoma de México. Como él mismo decía, la ciencia no se define por su tema sino por su método —la diferencia entre ciencia y charlatanería no tiene que ver con el *qué* sino con el *cómo*.

PERO HAY MÁS. Las descripciones de Grinberg sobre las hazañas de la famosa curandera mexicana Bárbara Guerrero, conocida como Pachita, son un tesoro de psicología autóctona y ciencia participativa. Grinberg, quien pasó meses con ella en su consultorio, narra con todo tipo de detalles cómo Pachita, recibiendo al hermanito Cuauhtémoc (el último emperador azteca), realizaba las más inexplicables cirugías con un simple cuchillo de monte y sin anestesia. A raíz de esas experiencias con ella y con otros personajes extraordinarios escribió *Los chamanes de México*, una colección de siete volúmenes de un valor antropológico extraordinario. Muchos creerán que lo que presencié sólo podía ser un fraude. Él a menudo tampoco creía lo que veía y, sin embargo, no miró a otro lado.

El documental es, pues, una invitación deliciosa a mirar para poder ver. Es tiempo de releer sus libros, replicar sus experimentos y profundizar en sus ideas en el contexto actual del estudio científico de la mente. No se trata de mirar su dedo, sino adónde éste señala. Allí se encuentra, escondido a plena luz del día, el verdadero secreto del doctor Grinberg. 

ALEX GÓMEZ-MARÍN (Barcelona, España, 1981), doctor en física teórica y neurocientífico, dirige el Laboratorio de Comportamiento de Organismos en el Instituto de Neurociencias de Alicante, España, y es director del Pari Center en la Toscana italiana.



Escena de *El secreto del Dr. Grinberg*.

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**
@VekaDuncan

A FAVOR DEL
PRESTIGIO CANINO

Me he convertido en una acumuladora de perros, no me apena admitirlo. No contenta con tener en casa a una manada de tres, adopté recientemente a un cuarto can y, si soy completamente sincera, podría sumar muchos más compañeros de cuatro patas a ella, si el espacio de mi casa y mi carterera me lo permitieran. Quizá sea por esta nueva responsabilidad que de pronto me encuentro reflexionando sobre la poca reputación de la que gozan los perros en relación con sus más grandes rivales, los gatos, cuando de cultura se trata.

LOS GATOS TIENEN MAYOR prestigio artístico e intelectual que los perros. Han sido inmortalizados en numerosas obras literarias, desde los cuentos de Edgar Allan Poe hasta las páginas de Natsume Soseki, y no son pocos los lienzos que los retratan. Entre amantes de los gatos se cuentan figuras monumentales de la cultura y las letras, como Alejandro Dumas, Angela Carter, Charles Baudelaire, Aldous Huxley, Charles Dickens, Doris Lessing, y desde luego, Carlos Monsiváis, probablemente el más grande coleccionista de felinos. Los pintores tampoco han sido indiferentes a sus encantos: Salvador Dalí, Gustav Klimt, Henri Matisse y Remedios Varo son algunos admiradores suyos. Todos ellos en al menos una ocasión se vieron inspirados por sus compañeros bigotudos.

En cambio, no hay musicales populares dedicados a los perros, ni mucho menos antologías de poesía que inspiren espectáculos de ese tipo, como es el caso de *Cats*, la famosa puesta en escena de Broadway, y el libro *Old Possum's Book of Practical Cats*, de T. S. Eliot, en el que está basada. No lo voy a negar: los gatos tienen una elegancia particular y su carácter nocturno les brinda un aire misterioso que explica su protagonismo literario. Tampoco hay que olvidar que estas mismas características los han convertido en personajes de culto, muy presentes en la mitología y los relatos fantásticos de diversas culturas alrededor del orbe, presencia que continúa muy viva en nuestro imaginario, sobre todo en estas fechas de embrujos y apariciones.

Las plumas y los pinceles que se han dedicado a retratar perros quizá sean menos numerosas. Sin embargo, estos animales también han tenido una íntima relación con el mundo intelectual y artístico, aunque quizá más sutil. Ya he relatado aquí el excepcional talento del pintor francés Pierre Bonnard para representar la cotidianeidad de los perros y su relación con nosotros, pero han sido muchos más los artistas y escritores que han tenido un vínculo muy particular con ellos. Rescato algunas de esas historias con la esperanza de abonar a la defensa del prestigio canino.

Cualquier listado de artistas famosos con sus perros debe iniciar con un *dachshund*, mejor conocidos como *perros salchicha* pues, por algún motivo que nunca he podido entender, es una de las razas más socorridas entre pintores. El más famoso en este sentido ha sido, sin duda, Lump, la adoración de Pablo Picasso, quien le dedicó toda clase de obras, incluido un plato de cerámica. Pocos canes pueden ufanarse de haber comido directo de una escultura del artista. El pequeño salchicha llegó a la vida del malagueño a través de uno de sus amigos, el fotógrafo David Douglas Duncan; era, en realidad, su perro. Duncan lo llevó en una visita a la casa del pintor y fue amor a primera vista; no volvieron a separarse y el alargado cuerpo de Lump se convertiría en un tema más para Picasso.

OTRO PINTOR QUE CAYÓ bajo el encanto de los *dachshund* fue David Hockney. Esta raza llegó a la vida del artista británico en la década de los ochenta, como respuesta al duelo que vivía tras la pérdida de varios amigos durante la epidemia de VIH. Stanley y Boodgie, nombres con los que bautizó al par de salchichas que adoptó, se convirtieron así en sus fieles compañeros, pero también en sus musas, protagonizando la serie *Dog Days (Días de perro)*, que expuso en 1995. Permea en esas obras un profundo amor por ellos, los retrata en sus actividades más cotidianas: durmiendo, comiendo, sentados... Hay una mirada no tan distinta a la que tenemos quienes pasamos las horas fotografiando a nuestros canes y subiendo sus fotos a nuestras redes sociales.

Finalmente, en la genealogía artística de los salchicha no puede faltar Archie, el primer perro de Andy Warhol. El del pintor más famoso del pop art es quizá de los pocos casos de conversión canófila, pues antes de la llegada de Archie fue más bien una persona



Edvard Munch, *Perro enojado*, acuarela, 1938-1940.

Fuente > Museo Edvard Munch

de gatos. Fascinado por su nuevo amigo peludo, Warhol comenzó a realizarle retratos, así como a su compañero Amos, otro salchicha que llegó un poco después. Ambos fueron inmortalizados en sus tan conocidas serigrafías de vibrantes colores. El propio Warhol llegó a posar con Archie bajo la lente de Jamie Wyeth. Así, sus *dachshunds* también tuvieron sus quince minutos de fama.

Quizá el artista con el que más me identifico cuando de amores caninos se trata es Edvard Munch, autor del grito que ha inquietado a generaciones de espectadores por su angustia existencial. El noruego no discriminaba, ni por raza ni por tamaño: llegó a tener desde un san bernardo hasta un fox terrier. Su afición por los perros es tan conocida que incluso ha llevado a algunas descabelladas teorías sobre su obra más famosa, pues hay quienes aseguran que *El grito* fue en realidad un intento por pintar a su spaniel —debo admitir que me encantaría que eso fuera verdad.

Si bien nunca lo podremos comprobar, lo cierto es que sí produjo obra en torno a los perros, aunque no los suyos; además, tampoco retrata su lado más amable. En 1916, Munch dedicó una serie de dibujos a un perro de nombre Rolle que vivía en casa de su vecino, Alex Gunnerud. Su personalidad agresiva quedó para siempre inmortalizada y no es para menos, ya que Munch fue una de sus víctimas cuando el perro decidió morderle la pierna, dando inicio a una larga disputa vecinal.

No son, pues, tantos los artistas que se han inspirado en los perros, quizá menos que los interesados en los gatos. A pesar de ello, el compañero más fiel de los humanos tiene su nombre definitivamente inscrito en la historia del arte. ■

“EL PERRO
MÁS FAMOSO
HA SIDO LUMP,
LA ADORACIÓN
DE PICASSO,
QUIEN LE DEDICÓ
TODA CLASE DE
OBRAS, INCLUIDO UN
PLATO DE CERÁMICA”.

WE'RE FUCKING BACK! es el nombre de la más reciente gira de Guns N' Roses, que a su paso por México bien pudo rebautizarse *We're Fucking Cursed*, por todas las broncas que les cayeron encima. En Guadalajara el estadio estuvo tan vacío que el regreso de Panda sin duda hubiera vendido más entradas. Ése es el riesgo que corres cuando pones los boletos de General A en cuatro mil varos. Mérida también fue un fiasco. Que un tardío *boletos al 2x1* no pudo resolver.

En la Ciudad de México la misma banda pidió que el concierto se cancelara. Al final se llevó a cabo y dieron portazo, ah, como en los buenos viejos tiempos, cuando el rock no era una escuela para aprender buenos modales, y tuvieron que acortar el show. Sumemos las peleas internas, que aunque no se hicieron públicas, seguro existen.

Pero por muchas ganas que el grupo tuviera de abandonar el país, todavía les faltaba el concierto en Monterrey.

SÓLO EXISTE ALGO PEOR que un téibol en decadencia, y eso es una banda en decadencia. Pero no importan los muchos problemas que se le presenten a Guns N' Roses, no es una banda deleznable. Al menos no en vivo. Y aunque han perdido aquel salvajismo que los caracterizaba, por miles de razones, empezando por la edad, sobre el escenario la química entre Paquita la del Barrio Rose, Slash y Duff McKagan continúa intacta. Así lo demostraron la noche del 23 de octubre en el estadio de los Sultanes. Que son una de las mejores bandas en forma de las que están fuera de forma.

El escepticismo que pende sobre Guns no afecta a otras bandas. Por ejemplo, Kiss o Rammstein. Cuando acudes a sus conciertos sabes que vas a presenciar un espectáculo. Como el Cirque du Soleil o el Tihany. Pero con Guns sabes que pesa más la leyenda que la puesta en escena, y por esa misma reputación quizás prefieras ahorrártela que verla como a un perro moribundo. Sin embargo, si decides asistir a uno de sus shows corres con la suerte de que todo salga bien y oigas que todavía es capaz de atravesar las paredes.

Abrieron con "It's So Easy", una declaración de principios tan potente que Duff tituló así su biografía, pero la guitarra de Slash no se escuchaba. Siguió "Mr. Browstone" y los problemas técnicos persistían, pero ya en "Chinese Democracy" se solucionaron y a partir de ahí el show no presentó fisura alguna. Me atrevo a decir que



“PESE AL DOMESTICAMIENTO,
**GUNS SIGUE SIENDO
UNA BANDA CON CIERTA
AURA DE PELIGRO”.**

ofrecieron el mejor concierto de la gira. No sólo tocaron el setlist que tenían preparado, sino que se tomaron todo el tiempo del mundo para que Paquita la del Barrio Rose se fuera atrás del escenario a darle un trago a su cerveza artesanal y polvearse la nariz. Mientras, Slash se reventó un cóver instrumental de "Born Under A Bad Sign", del inmortal Albert King. Fue uno de los mejores momentos de la noche. Una versión extendida de este clásico, más en la versión de Hendrix que en la original, que mostró a Slash como el gran guitarrista que es.

"Slither" fue otro de los cóvers que se reventaron, de los Velvet Revolver, la banda que formaron Slash y Duff sin Axl. Más que una incorporación de repertorio la tocan como un homenaje al fallecido Scott Weiland. Para "Live and Let Die" Guns ya había estallado por completo. Y aunque Paquita la del Barrio Rose ya no canta como en los noventa, todavía se la rifa con la voz. No está desfondado. Y se da el lujo de girar sobre su propio eje blandiendo el pedestal del micro. A .00001 de velocidad, pero de que baila, baila. Toda su rapidez ahora la emplea en cambiarse de playera y saco. Su guardarropa es más grande que el de nuestra Paquita. Pero es que con la humedad de Monterrey, él y Duff tenían la ropa empapadísima. Y entre rola y rola se cambiaban. Slash no: él dejaba que el sudor le escurriera de la greña. Seguro le chilla la ardilla machín a ese man.

El highlight fue "Night Train". Guns se elevó al máximo. A partir de ahí todo fue fan service. Veinticuatro canciones en total. Y adiós, Monterrey. Y adiós, México.

El portazo en la Ciudad de México demostró que pese al domesticamiento de algunas conductas, Guns sigue siendo una banda con cierta aura de peligro. Que el coctel de malas decisiones indica que quizá haya sido la última gira de la banda. Hasta que vuelvan a necesitar varo y se junten otra vez, a ver si entonces pueden vender los boletos a cuatro mil y gritar *We're Fucking Rich Again*. 📺

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
**CARLOS
VELÁZQUEZ**

@Charformication

ROSAS
LA PISTOLA

ERA SÁBADO EN LA TARDE y yo sólo quería descansar. Entonces llamé Liz para invitarme a Boris, el trío japonés de *heavy experimental* en House of Vans. Dije que no, estaba muerto y prefería el plan original de relajarnos. La de relaciones públicas la anotó en la lista de medios, va a estar chingón, insistió. No. Es un error escuchar a un grupo ahí, tienen la peor acústica de la ciudad y dan trato policial, nos consta. Mi mente intervino: ¿qué te está pasando?, ¿cuándo te has negado a un concierto por estar cansado? Liz nos confirmó en la lista por si cambiaba de opinión, lo cual sucedió en un clic. Mi mente: levántate y anda. Liz: nos vemos a las ocho afuera de House of Vans. Volví a fallarme: regresé a este lugar. Agarré un par de gomitas mágicas y me subí a un taxi que atravesó, estoico, una tormenta eléctrica.

Liz estaba en la fila de invitados y medios, todos con paraguas porque la lluvia caía duro. Unas chicas con chaleco fosfo del *staff* te pedían que mostraras el INE, el certificado de vacunación y que firmaras una carta que exentaba a HOV de cualquier responsabilidad en caso de que sucediera algo. En seguida, un cateo profundo por cortesía de los simios de inseguridad, encapuchados que te hacían sacar todo de las bolsas del pantalón y la chamarra. Ahí nos dieron baje con los paraguas y los artículos personales de las mujeres, en vez de tener un sitio para guardarlos. Imaginé la guerra sangrienta de paraguas. A Liz le vaciaron la bolsa porque "eso no pasa" y todo se lo quedaron en unas bolsas de plástico que llenaban con



“NOS FUIMOS BAJO
**LA LLUVIA, SÓLO FALTÓ EL
PIANO TRISTE SIGUIENDO
NUESTROS PASOS”.**

lo ajeno. Antes de pasar, otras chicas de relaciones públicas con tabletas y celulares verificaron nuestros nombres. Pero no estábamos anotados. Cada vez que sucede esto recuerdo "Defamation Innuendo" de los Circle Jerks. Liz trató de comunicarse con la de RP que la había invitado, nada. No íbamos a entrar, por eso traté de recuperar el paraguas, pero un simio de inseguridad empezó a chillar que lo soltara. Es nuestro y ya nos vamos, dije. Pero volvió a chillar y amagó con obligarme. Tomé a Liz de la mano y salimos a la calle. Nos fuimos caminando bajo la lluvia, sólo faltó el piano triste siguiendo nuestros pasos.

Caminamos empapados hasta una farmacia donde pedimos un Cabify que nos cobró cuatrocientos pesos por la lluvia/demanda. Ni las gomitas mágicas me salvaron del mal rato. Yo sólo quería descansar y ver Netflix en mi cama, carajo. Cuarenta minutos después, la de relaciones públicas le llamó a Liz: que ya podíamos pasar. No es la mentalidad enana de HOV, sino yo por ir. Regresé prometiéndome, otra vez, no volver a poner un tenis ahí. 📺

LA CANCIÓN # 6

Por
**ROGELIO
GARZA**

@rogeliogarzap

HOUSE OF VANS

FETICHES ORDINARIOS

Por
**LUIGI
AMARA**
@leptoerizo

LAS BALANZAS INVISIBLES DEL UMBRAL

“QUIZÁ PORQUE
NO PARTICIPA DEL
TODO DEL INTERIOR,
PERO TAMPOCO
ES UNA EXTENSIÓN
DEL AFUERA,
EL UMBRAL ES ZONA
DE INDECISIONES”.

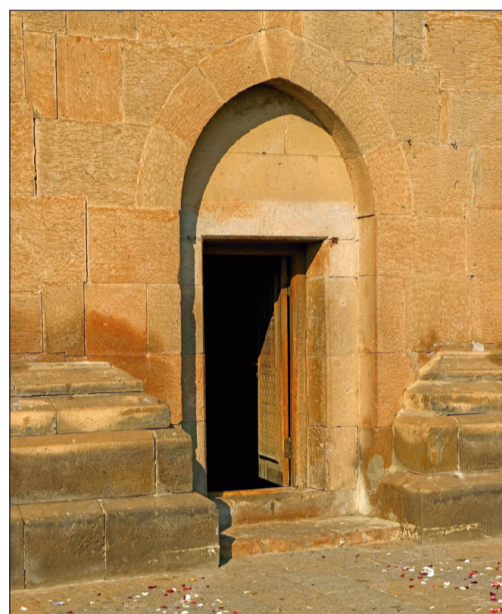
Un cambio de luz, una atmósfera fronteriza indica que nos adentramos en un espacio desconocido que bien puede ser un refugio o un laberinto. Ya sea que nos apartemos de la inclemencia del sol para encontrar cobijo en la sombra, ya sea que demos la espalda a la noche atraídos por el reclamo de una lámpara, esa cualidad terrosa e incierta de la luz es la que nos atrae y nos previene al mismo tiempo, la que nos hace detenernos un instante, ya con un pie en el escalón de la entrada, alertas y pensativos bajo el dintel, como si nos preguntáramos si debemos abandonar toda esperanza a las puertas de lo que ahora luce como un sospechoso castillo de Kafka.

Siento debilidad por los umbrales y también por la palabra *umbral*, por su promesa y su halo de misterio, porque en ellos se mezcla la idea de límite con la tentación del pasadizo. Aunque, desde el fondo de mi imaginación diurna, siempre haya creído que remite a esa zona de penumbra que debemos atravesar cuando entramos a una casa —ese interregno sombrío, ese arco umbroso que nos recibe con una variación de temperatura y de temperamento—, el término deriva más bien, según el diccionario de Joan Corominas, de “lumbre” y de “lumbral”, y remite, por tanto, al tránsito de la oscuridad hacia el llamado de la llama.

EL ATRACTIVO DEL UMBRAL no proviene únicamente del cambio en la iluminación, tampoco de que separe dos ámbitos contrastantes. Al igual que una puerta entornada, tiene algo de incitante y tentador en sí mismo, que invita a detenerse en su franja, a hacer una pausa expectante o pensativa antes de cruzarla. “No pises con pasos / uniformes / la hierba fronteriza. / En el umbral habitan / dioses aduaneros / que pesan / con balanzas invisibles”, escribe Antonio Delgado, sibarita de los matices atmosféricos, poeta de la quietud y la revelación allí donde nadie se la espera.

Por su condición liminar, más que una mera línea divisoria el umbral semeja un campo de fuerza, un territorio indeciso que nos imanta o repele y en el que a veces sentimos el escalofrío de estar ante un punto de no retorno. Hay umbrales que se atraviesan una sola vez y para siempre, como el de la perdición o la muerte, y hay otros que se nos imponen en forma de muralla o de maleficio, y que no sabemos o no nos atrevemos a traspasar, como esas experiencias del tipo *ángel exterminador* en las que, a la manera del clásico de Luis Buñuel, nos enfrentamos a un poder desconocido que nos hace permanecer de *este lado* de la puerta.

Quizá porque no participa del todo del interior, pero tampoco es una extensión del afuera, el umbral es zona de duda e indecisiones. Aunque no sepamos muy bien lo que está en juego, atravesar una frontera puede transformarnos por completo, cambiar nuestra situación vital y el sentido de nuestra identidad; se diría que, más que una linde geográfica, el umbral tuviera alcances metafísicos. Hay quien jamás pondría un pie en una estación del metro, y eso lo retrata de cuerpo entero; el umbral para salir del clóset suele ser arduo y cuesta arriba, para muchos infranqueable; cruzar el umbral de la abyección toma, en ocasiones, pocos segundos, pero sus repercusiones pueden ser incalculables... Cuando en el siglo V a. C., en Atenas, los cancerberos de la moral increparon a Aristipo de Cirene por salir tan campante del burdel, respondió con una perla de su filosofía



Umbral de la iglesia de Santa Hripsime, en Armenia.

Fuente > freepik.com

hedonista: “El problema no estriba en meter allí los pies, sino en no saber salir”. No todos los umbrales admiten el camino de vuelta, pero quizá la sabiduría guarde relación con una política de los umbrales, en especial los de dolor y placer.

EN EL LIBRO DE LOS PASAJES, Walter Benjamin asocia los umbrales con los ritos de paso y subraya que su diseño arquitectónico encarna o materializa sus aspectos ceremoniales, que en última instancia remiten a lo onírico. Más allá de que una de las pocas experiencias de umbral aún reconocible para todos es la del sueño y la duermevela, las puertas de aquellos centros

comerciales en ciernes prometían el ingreso a un mundo fantástico, marcaban el comienzo de un túnel de calles internas y deslumbrantes, dispuestas para el desbordamiento del deseo.

Hoy, en una era cada vez más despojada de rituales, atravesamos los pórticos simbólicos de la pubertad o del duelo quizá demasiado a la ligera, sin apenas nada que señale sus implicaciones sociales o su importancia psíquica, tal y como se cruza el pórtico de cristal y acero de un *mall*.

Benjamin observa una peculiaridad de los umbrales públicos: lejos de ser meros pasillos de tránsito, se convierten en espacios casi habitables. A la entrada de los pasajes (y no hay que olvidar que los pasajes, para él, en cuanto “casas o corredores que no tienen ningún lado externo”, serían equiparables a los sueños) solían apostarse las prostitutas como auténticos pilares de la noche, y es allí también donde los amantes se dan cita y se besan sin pudor. Bajo sus aleros, en esa zona de ambigüedad en que el exterior y el interior se confunden, no faltan los amigos que se detienen a recuperar fuerzas y a planear la siguiente escala de su deriva, y no es infrecuente que el alba sorprenda allí a quienes, por una circunstancia u otra, se quedaron sin techo toda la noche.

Así como hay umbrales del sueño o del despertar, hay umbrales característicos de los libros. Las palabras preliminares se sitúan antes del texto principal y se desenrollan como una especie de tapete de bienvenida, en negro sobre blanco, que presentan las claves de lo que vendrá, pero que ya en términos sensoriales nos ayudan a habituarnos a la mancha de escritura y a la extraña luz que dimana de ella.

No se puede pasar por alto, sin embargo, que antes de cualquier preámbulo hay un umbral más decisivo que conduce hacia el libro y nos hace traspasar su portada. (Aprovecho para mandar saludos y reverencias a Libros del Umbral, sello de nombre inigualable y títulos raros y escogidos, creado por los hermanos Soler Frost). En “Fronteras abiertas: Historia de una vagabunda intelectual”, Siri Hustvedt apunta que, a los trece años, leyó por primera vez *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë. “Crucé las fronteras de mi experiencia inmediata y me adentré en otro mundo, y ese mundo pasó a formar parte de mi experiencia, como si se hubiera alojado físicamente en el engranaje cerebral de mi memoria”. Ella entonces no lo sabía, pero ese umbral la había convertido ya en escritora.

Hay umbrales que se atraviesan de una zancada y otros que apenas se cruzan con las yemas de los dedos de la mente, tras años de dar vueltas en sus inmediateces. Quizá nadie note nada, ni siquiera un desplazamiento pero, una vez del otro lado, sabemos que ya nunca seremos los mismos. ■